

Apuntes para el estudio de las culturas políticas en la diversidad social mexicana

*Rubén Darío Ramírez Sánchez**

Este trabajo tiene por objetivo estudiar la cultura política a partir de una mirada amplia que permita identificar los universos simbólicos que permean las instituciones, grupos, clases y comunidades en el campo social. Revisar los basamentos de nuestra diversidad cultural y algunas perspectivas teóricas que nos permiten reflexionar la heterogeneidad cultural, los valores y las prácticas que la sustentan, así como los procesos de percepción, cambio, permanencia, evaluación y aspiración que las fuerzas sociales manifiestan en el ámbito político.

Primeros acercamientos

Nuestra cultura es una dimensión heterogénea debido a la multiculturalidad social que articula nuestra nación. Enmarca un conjunto de elementos subjetivos que dan identidad al grupo que los posee, en palabras de Clifford Geertz es “un patrón históricamente transmitido de significados reflejado en símbolos, un sistema de concepciones heredadas en formas simbólicas por el cual los hombres se comunican, se perpetúan y desarrollan su propio conocimiento y actitudes sobre la vida” (Geertz, 1973: 89).

La cultura expresa la forma en que una sociedad vive las concepciones de vida que tiene y las formas en que se relacionan, valores éticos e ideas que suministran una imagen del mundo al que se encuentran adheridos. Esto le da un sentido dinámico y dialéctico al desarrollo histórico que sustenta las experiencias y memoria del pasado, así como las vivencias del presente y las aspiraciones de futuro. Implica que tanto las tradiciones, mitos, creencias y sentimientos, perduran, se resisten al cambio y se enraízan para articular lo “auténtico” de una comunidad, región o de la nación. A ella pueden adscribirse contenidos propios de la “alta cultura” y de la “cultura popular” (Loyo, 1998: 26).

* Profesor-investigador de la Universidad de La Ciénega del Estado de Michoacán de Ocampo.



Cuando hacemos alusión a cultura política nos referimos a un conjunto de elementos culturales que se articulan e integran la identidad política de los individuos, los grupos sociales o las organizaciones políticas (Gutiérrez, 1993). En palabras de Jorge Alonso, nos referimos a:

[...] Un conjunto de valores, creencias, orientaciones, actitudes, expectativas, y (sobre todo) normas, conductas y prácticas acerca del sistema político. En ella se integran la subordinación, la adhesión, la confianza, la justificación, la ilusión, la participación, la apatía, la resistencia, la contestación, la impugnación y la lucha alrededor de las actividades públicas son enmarcadas en este amplio catálogo de lo que se denomina cultura política. Esta cultura expresa las tradiciones, hábitos y costumbres políticas de grupos que originan identidades y dan sentido su actividad. Esto implica que todo poder político se sostiene en cierta cultura política y al mismo tiempo la moldea y adapta a sus exigencias (Alonso, 1990: 344).

En la cultura política se articulan hábitos, comportamientos, evaluaciones, informaciones y vínculos afectivos que determinan los comportamientos políticos existentes, de ahí que su campo de análisis comprenda los procesos formativos que se dan en la sociedad. Así, los espacios de análisis son las relaciones entre los grupos o clases sociales con el poder en un espacio nacional, porque es ahí donde se construyen las concepciones sobre el conjunto simbólico: instituciones, normas, autoridad, las cuales dan dirección y permiten la reproducción de una estructura de poder, cuya base es el compromiso que establecen los grupos sociales con un conjunto de valores establecidos.

Alonso considera que las prácticas sociales están moldeadas por la cultura. Por consiguiente, la cultura política se convierte en un instrumento de dominación hegemónica desde donde la clase dominante impone sus creencias, actitudes y construye el consenso que sostiene su proyecto político “el cual es presentado como interés general de la sociedad por lo que el poder real permanece oculto a las mayorías y sus efectos son vistos como algo natural” (Alonso, 1990: 345). Al mismo tiempo tienen lugar los ejercicios libertarios o reivindicativos de movimientos, grupos o clases subalternas que buscan constituirse como una nueva hegemonía.

Esto significa que el ejercicio del poder no se da sin la resistencia de los dominados, quienes al aglutinarse en torno a un proyecto político alternativo se oponen a sus dominadores y sobrepasan los límites de la regularidad establecida, lo cual les permite “crear formas que anuncian una nueva sociedad a través de vivir otros valores, adoptar otras actitudes a las impuestas y de desatar acciones por el poder popular. Así, la lucha por la hegemonía tiene en la cultura política alternativa, un sustento y un arma importante” (Alonso, 1990: 345).

La cultura política estructura “espacios de interacción” donde se nombra y clasifica (Tejera Gaona, 1996: 19), donde los ciudadanos se sienten identificados e integrados al mundo de la política (Pechrad, 1996). Es ahí donde el conjunto de elementos simbólicos, valorativos y de



representación otorgan sentido y “dotan de inteligibilidad, proxemia afectual a los actores respecto de la cosa pública”, y donde, a partir de la opinión de los propios actores, se propicia que “las representaciones se transformen en vías de comunicación que están en permanente reelaboración” (Millán y Constantino, 1996: 32).

Las relaciones de poder explican en cierta forma la cultura política, porque en esa interacción en la que se construyen, ahí se definen los mecanismos que determinan las relaciones entre dominantes y dominados. Permite explicar por qué en la construcción de hegemonía el grupo dirigente utiliza múltiples medios y estrategia y monopoliza las representaciones históricas que determinan los comportamientos “a través de acciones visibles y no visibles, utiliza los valores culturales, producto de una historia específica, con fines políticos y actuales para fabricar modelos de conducta que lo favorezca” (Revueltas, 1996: 37).

La cultura política articula “el conjunto de actividades, creencias y sentimientos que ordenan y dan significado a un proceso político y que proporcionan los supuestos y normas fundamentales que gobiernan el comportamiento en el sistema político” (Pye, 1974: 323), así como los ideales políticos, las reglas bajo las que actuaba la comunidad política, así como las manifestaciones psicológicas y subjetivas de la política.

En consonancia con lo anterior, Esteban Krotz (1985) considera que la cultura política es el punto de encuentro entre los fenómenos sociales llamados “cultura” y “poder”, porque son los universos simbólicos asociados a las estructuras de poder. Parte de la idea de que no bastaba con estudiar las instituciones políticas formales de los sistemas políticos modernos: Estado, nación, elecciones, cargos públicos, ya que estos no pueden entenderse sin tomar en cuenta otros aspectos no ligados a la institucionalidad estatal.

Por ello, resulta fundamental tener en cuenta la *heterogeneidad* de la cultura política, así como las acciones de los *actores políticos concretos*, individuales y colectivos. En esta lectura, no es suficiente la *orientación subjetiva* planteada por Almod y Verba, (1969) quienes sólo contemplaban la dimensión *cognitiva* (conocimiento preciso, o no, de los objetos políticos y de las creencias); *afectiva* (sentimientos de apego, compromisos, rechazos y otros similares respecto de los objetos políticos); y *evaluativa* (juicios y opiniones sobre aspectos políticos). Es necesario transitar a la “dimensión utópica de la cultura política”, porque se dirige a una “refuncionalización y reestructuración profunda de los elementos mencionados, ya que parte de una visión global muy diferente”, una que busca propiciar una “relectura” del poder y “reparar en la dinámica interna de



los universos simbólicos y retomar la ya antigua oposición complementaria entre ideología y utopía” (Krotz, 1985:125).

Esta nueva lectura del poder implica la descentralización del mismo, es decir, no ubicarlo únicamente en las esferas institucionales, no restringirlo a las relaciones de los grupos o clases con las estructuras estatales. Esto permite entender lo político también desde los ámbitos no formales, como un ejercicio que trastoca todos los ámbitos de la vida social (Tejera Gaona, 1996).

También nos lleva a considerar que el ejercicio del poder conlleva intrínsecamente manifestaciones de resistencia o contrapoder, es decir, manifestaciones en las que hay una cultura política determinada, se incuba la contracultura, donde existe un tipo de construcción y afirmación simbólica de un orden, está también su propia negación, “donde aparece el factor subjetivo en la vida política también está presente la “dimensión del deseo y del sueño, materia prima de toda utopía” (Krotz, 1985: 126).

La marcada heterogeneidad

La gran diversidad cultural en nuestro país es base de la heterogeneidad de universos simbólicos y actores en un proceso de lenta transición democrática en el que la cultura política registra cambios y permanencias. Por ejemplo, si revisamos las leyes de transparencia como condición básica de la democracia, en apariencia puede ser un logro importante. Sin embargo, la debilidad de los mecanismos de rendición de cuentas, son una señal autoritaria. Por su parte, si analizamos los movimientos sociales, con frecuencia es posible observar la coexistencia de principios democratizadores y prácticas clientelares y providencialistas en su vida interna. De igual forma, si revisamos la cultura política de obreros, campesinos, mujeres, migrantes, grupos o comunidades indígenas, entre otros, encontraremos ámbitos en los que estos sectores están fuera de la cultura clientelar y paternalista.

Esta diversificación social fue ocasionada por la modernización económica y social que dio paso a procesos de industrialización y flujos migratorios, que aceleraron el crecimiento urbano, la expansión del mercado interno fragmentó la comunicación y ocasionó mediaciones entre los pobladores y las instituciones políticas. Frente a este fenómeno ya no podemos hablar de "una cultura política", sino de "culturas políticas" diferenciadas social y regionalmente.

Esto significa que, no obstante México tiene una cultura política nacional compartida por todas las clases, las regiones pierden cualquier rasgo de uniformidad, debido a las diferencias entre ellas y dentro de sus comunidades. Por ello, la cultura no es estática, cambia con el tiempo “aunque



no necesariamente con tanta rapidez y unidireccionalidad como algunos análisis suponen” (Knight, 1996: 8-9). El hecho de compartir una cultura política nacional no implica, por supuesto, homogeneidad cultural; simplemente refleja la pertenencia común de un Estado nacional en una forma particular bien arraigada de regla política, una forma que tiene sus propias peculiaridades y que es claramente distinta.

Esta heterogeneidad, marcada por la particularidad regional y conflictividad de las sociedades contemporáneas ha dado paso a un hombre que vive en un mundo “multisemántico” en el cual es “cada vez más difícil de pensar en la presencia de unidades socioculturales y políticas con cierto grado de homogeneidad, que permita construir unidades culturales o identitarias” (Tejera Gaona, 1996, 13-14).

Cambios y permanencias

La cultura política está articulada de percepciones y hábitos “fundacionales”, llamados así porque sirvieron de base para la constitución de los sistemas políticos y provienen de largos procesos de conformación de nuevas identidades, tal y como sucedió con el nacionalismo revolucionario. Este dinamismo indica que la cultura política está sujeta a cambios, los cuales pueden agilizarse en determinadas coyunturas en las que emergen:

[...] Variables como el surgimiento de un liderazgo político novedoso o una escisión partidaria pueden provocar reacciones sociales decisivas a corto plazo para la vida de una colectividad. Así, en cada coyuntura habrá que ver de qué manera se produce el entrecruzamiento de estos dos niveles, dando forma a un complejo escenario de permanencia y cambio (Gutiérrez, 1993: 77).

Estos procesos de socialización o cambio cultural regularmente son de largo plazo, por lo cual no resulta tarea fácil aprehenderlos analíticamente. Por ejemplo, en periodos tan convulsionados y complejos como el proceso de transición política en México, resulta complejo especificar en qué medida, parafraseando a Gramsci, lo viejo se mantiene y lo nuevo no termina de llegar. Esto significa que en el lento y tortuoso proceso de transición democrática pueden darse expresiones autoritarias y democráticas como dos caras de la misma moneda, y los valores del autoritarismo son percibidos como tal “dependiendo de los elementos asociados a su valoración” (Tejera Gaona, 1996: 16).

Ahora bien, estos cambios pueden ser aprehendidos empíricamente en las pautas establecidas, transmitidas mediante largos procesos de socialización y “nuevas ofertas de



interpretación” en periodos complejos de transición democrática, porque resulta complicado especificar en qué medida lo nuevo significa ruptura o adaptación de valores y hábitos arraigados.

Aunque vale la pena resaltar que algunos acontecimientos coyunturales pueden abrir la posibilidad de cambios, debido al desgaste de algunos componentes de la cultura política tradicional, tal como sucede con la exigencia del movimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en 1994 y el movimiento #Yosoy132, en la coyuntura electoral de 2012. Ambos pueden ser leídos como fenómenos que se presentan tanto en la dimensión cognoscitiva, evaluativa o afectiva y tienden a convertirse en componentes culturales, en ámbitos de protesta donde sus formas organizativas se consolidan.

El malestar social puede ser un detonante que genere cambios en la cultura política, porque es capaz de erosionar los componentes de la cultura vigente y ocasionar pérdida de credibilidad de las instituciones y del sistema; sin embargo, como menciona Gutiérrez: “Habría que ver la continuidad de este proceso en tanto producción y consolidación de nuevos patrones político-culturales” (1993: 77), porque hay casos en los que sociedades con un aceptable grado de modernización han dado lugar a regímenes autoritarios (Crespo, 1996).

El proceso de transición de un sistema de partido único a uno democrático requiere la construcción de una cultura cívica que tenga como base la igualdad, la participación, los derechos, la confianza y la solidaridad, sin embargo, nuestro país se ha forjado con base en tradiciones culturales, en muchos casos incompatibles con la cultura cívica. Por ejemplo, las asimetrías sociales y los privilegios que han convertido a las instituciones públicas en espacios de beneficios particularistas y clientelares, de tráfico de influencias, corrupción y manipulación de las necesidades populares, son percibidos como una forma racional predominante de entender la política, lo cual ha ocasionado su desprestigio, así como el de los partidos y el gobierno, tal como Salazar indica:

[...] La búsqueda de privilegios particularistas, la reducción de los compromisos propiamente morales a los ámbitos familiares, la cultura de la simulación y la desconfianza escéptica hacia todo lo que tenga que ver con lo público y sus instituciones son, a mi entender, rasgos conspicuos de una cultura que ciertamente ha cambiado en los últimos tiempos, pero que sigue siendo dominante en nuestro país” (1996: 122-123).



La fragua de los basamentos

La construcción del régimen político en México propició una cultura política cuyos valores y prácticas fueron los del partido oficial (PNR-PRM-PRI). Esto permitió la conformación de una cultura priista que se constituyó en el “instrumento específico del poder, el partido oficial estrechamente ligado al aparato gubernamental que se imponía como centro de la vida política del país, a través de procedimientos y estructuras afinadas a lo largo de los años, dictando así normas de conducta” (Knight, 1996: 5).

Esta cultura política condicionada y dirigida desde el Partido Revolucionario Institucional (PRI) (Revueltas, en Peschard, 1996: 46-47), denominada por Gabriel Zaid como la “pricultura” se caracterizó por la forma en que el PRI procedía al margen de la ley mediante un movimiento de sístole y diástole, es decir, de atropello/concesión en el que “la autoridad primero se arroga todos los poderes y luego se porta bien” (en Revueltas, 1996:48). A la fecha, esta forma de concebir y poner en práctica la política ha permeado la vida de los partidos políticos, quienes no obstante guardan rasgos particulares, preservan prácticas que resaltan esta cultura que da estabilidad y continuidad al sistema político mexicano, y se ha constituido en uno de los principales obstáculos del cambio democrático (Knight, 1996: 5).

La descomposición económica, política y social del sistema político a causa del establecimiento del modelo neoliberal alteró el imaginario que sentó las bases al Estado posrevolucionario (paternalismos, pacto con el pueblo, nacionalismo, agrarismo, obrerismo), desplazado por el proyecto tecnócrata que, sin ser menos autoritario, intentó suplirlo con elementos del imaginario moderno que no han terminado de solidificar, lo cual “ha creado un peligroso vacío de referentes” (Revueltas, en Peschard, 1996: 50).

También los esquemas de representación de los actores como soportes de la democracia han sentado sus bases en la cultura política mexicana, en especial los problemas referidos a los comportamientos electorales (Millán, 1996), los fraudes, liderazgos personalizados, la función de los medios de comunicación. Otro espacio es el de las luchas diarias de los grupos y movimientos que se constituyen en alternativa de cambio político frente al Estado. Con victorias y derrotas, avances y acumulación de fuerzas generan un proceso pedagógico de experiencias que sintetizan la cultura política de estos movimientos, grupos o clases.

Por otro lado, Alan Knight sostiene que en la política mexicana se dan dos tipos de prácticas políticas que se articulan y coexisten, por un lado el *softball* (un juego de beisbol relajado que se práctica con una pelota grande, entre amigos y familiares). Al mismo tiempo, a nivel local, se da el



hardball (un juego totalmente diferente, en el que predomina el caciquismo, clientelismo, soborno, nepotismo y violencia), y “donde la práctica del *hardball* difícilmente corresponde a normas constitucionales o retóricas, dando así origen a altos índices de enajenación y cinismo” (Knight, 1996: 26).

Sin embargo, en lo local también emergen grupos que tienden a erosionar la antigua manera de hacer política, que buscan minar el caciquismo, crear una ciudadanía quejosa y sofisticada, que combate esta tradición.

La complejidad de la cultura política proviene de la diversidad de prácticas que se cristalizan en múltiples concepciones del mundo que ocasionan inclusiones o rechazos, creencias e incertidumbres. Este ámbito ideológico condiciona la formación de concepciones y ubica las posiciones de poder desde las cuales se impulsa su socialización.

Dada la diversidad cultural y social de nuestra sociedad resulta necesario retomar la perspectivas del futuro de la cultura política porque nos permite conocer y descifrar las múltiples tendencias reorganizativas que nacen de la sociedad mexicana, cómo se adhieren a un proyecto de futuro y cómo su práctica afecta los patrones tradicionales de comportamiento político e introducen nuevas determinaciones en la compleja dinámica de las relaciones de autoridad (Gutiérrez, 1998).

Para finalizar es necesario continuar la reflexión sobre la compleja diversidad cultural nacional, porque en ésta se potencia y germina la acción renovadora de grupos, organizaciones y movimientos para romper la regularidad de las prácticas antidemocráticas y clientelares y dar paso a la construcción de una nueva ciudadanía a partir de su efectiva participación en los procesos de toma de decisiones que den sustento a la gobernabilidad democrática, elemento básico de la pluralidad cultural.

